# UNA POETICA DEL AMOR

El Premio Nobel coronó la vasta obra de un gran poeta integrante de una generación también grande. De alguna manera es el justo galardón que recibe la promoción entera de 1927, donde se incluyen, entre otros, los nombres de García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, que tomaron la poesía en su mayor dimensión, y su condición de poetas de una manera profesional, con una seriedad y coherencia no frecuentes.

Como dice Saint-John Perse, la gran aventura del espíritu poético no es inferior a la dramática entrada del espíritu científico en el abismo común del misterio humano. Más que modo de conocimiento, la poesía es, ante todo, un modo de vida, de vida integral. Dice Saint-John Perse que el poeta ha existido siempre, desde el hombre de las cavernas, y de la exigencia poética, que es exigencia espiritual, han nacido la fe, la religión y el mito en el pensamiento humano.

El poeta profundiza en el misterio, y la oscuridad que se le reprocha no proviene de su naturaleza propia, que es la de esclarecer, sino de la noche misma que explora: la de esa alma humana y la del misterio que baña al ser humano.

Tal ha sido la heroica empresa de Aleixandre, hallar la clave del destino humano con una profunda vocación lumínica; de ahí que aun su expresión, oscura por momentos, superrealista de su primera época, haya ido procesándose a través de su propio devenir, en un lenguaje cada vez más llano, quizá porque cada vez se le iba haciendo más clara esa noche del hombre.

La obra de Vicente Aleixandre ha sido lenta pero segura, como una firme y fiel respuesta a la divisa de Goethe: «sin prisa pero sin pausa».

Pedro Salinas, en su estudio sobre Rubén Darío, afirma la posibilidad de rastrear en todo poeta la existencia de un tema central del que parten todos los otros subtemas. Así pienso que el gran tema

vertebral de la obra de Vicente Aleixandre es el amor con todas sus variantes y posibilidades que puede ofrecer un tema tan amplio y conocido como éste, donde la única originalidad posible radica en el enfoque y en el tratamiento, pues es quizá el de mayor raigambre dentro de la tradición de la lírica.

La poesía de Vicente Aleixandre ha intentado y ha logrado plasmar a través de su vasta y poderosa obra una amplia y amorosa visión sobre el destino humano.

En su concepción de la poesía sostiene que ésta es fundamental y esencialmente comunicación. El mejor medio de acercamiento que posee la Humanidad.

La poesía y el amor han de ser entonces la fuerza unificadora entre los hombres. Pero Vicente Aleixandre ha llegado a concebir al amor como una presencia misteriosa que, indudablemente, existe, pero es algo que pertenece a otra realidad más alta que la humana, que viene, que regresa, vuelve a irse sin saber cómo. Es en el fondo una esencia inasible, pero, a pesar de todo, es lo que dará mayor y más noble sentido a la existencia humana. De ahí el misterio que subyace en el poema «Al amor»:

*Un día para los hombres llegaste*
*Eras, quizá, la salida del sol.*
*Pero eras más el mar, el duro, el terso, el transparente,*
*amenazante mar que busca orillas,*
*que escupe luces, que deja atrás sus peces sin espinas*
*y que rueda por los pies de unos seres humanos,*
*ajeno al dolor o a la alegría de un cielo.*

*Llegaste con espuma, furioso, dulce, tibio, heladamente*
*ardiente bajo los duros besos*
*de un sol constante sobre la piel quemada.*

*El bosque huyó, los árboles* **volaron.**
*Una sombra de pájaros oscureció un azul intangible.*
*Las rocas se cubrieron con un musgo de fábula.*
*Y allá remotamente, invisibles, los leones durmieron.*

*Delicado, tranquilo, con unos ojos donde la luz*
*nunca todavía brilló,*
*ojos continuos para el vivir de siempre,*
*llegaste tus sin sombra, sin vestidos, sin odio.*
*suave como la brisa ligada al mediodía,*
*violento como palomas que se aman,*
*arrullador como esas fieras que un ocaso no extingue,*
*brillador en el día bajo un sol casi negro.*

*No, no eras el río, la fuga, la presentida fuga de*
*unos potros camino del Oriente.*

*Ni eras la hermosura terrible de los bosques.*
*Yo no podía confundirte con el rumor del viento sobre*
*el césped,*
*donde el rostro de un hombre oye a la dulce tierra.*

*Lejos las ciudades extendían sus tentaculares raíces,*
*monstruos de Nínive, megaterios sin sombra,*
*pesadas construcciones de una divinidad derribada*
*entre azufres,*
*que se quema convulsa mientras los suelos crujen.*

*Pero tú llegaste imitando la sencilla quietud de la*
*montaña.*
*Llegaste como la tibia plima cae de un cielo estremecido.*
*Como la rosa crece entre unas manos ciegas.*
*Como un ave surte de una boca adorada.*
*Lo mismo que un corazón contra otro pecho palpita.*

*El mundo, nadie sabe dónde está, nadie puede decidir*
*sobre la verdad de su luz.*
*Nadie escucha su música veloz, que canta siempre*
*cubierta*
*por el rumor de una sangre escondida.*

*Nadie, nadie te conoce, oh Amor, que arribas por*
*una escala silenciosa,*
*por un camino de otra tierra invisible.*
*Pero yo te sentí, yo te vi, yo te adiviné.*

*A ti, hermosura mortal que entre mis brazos*
*luchaste,*
*mar transitorio impetuoso mar de alas furiosas como*
*besos.*
*Mortal enemigo que cuerpo a cuerpo me venciste,*
*para escapar triunfante a tu ignorada patria.*

Lo más relevante en el mundo poético de Vicente Aleixandre es la simbiosis que realiza entre vida y amor. La existencia parece brotar de ese sentimiento. En un verso suyo dirá:

*amar, amar, ¿quién no ama si ha nacido?*

Existe una irrefrenable vocación amorosa del corazón humano, ya que es el amor la única posible luz entre dos oscuridades, la del nacer y la del morir. Toda su obra tiene una poderosa vocación de luz, como dijimos, de afirmación final de la existencia humana.

En el escenario adánico, cuando el verbo brota, es porque antes ha nacido el sentimiento y con él la vida; porque alguien, cualquiera, ama. Esa palabra será ya eternamente sinónimo de vida, como dice en

## LA PALABRA

*La palabra fue un día*
*calor: un labio humano.*
*Era la luz como mañana joven; más relámpago*
*en esta eternidad desnuda. Amaba*
*alguien. Sin antes ni después. Y el verbo*
*brotó. ¡Palabra sola y pura*
*por siempre —Amor— en el espacio bello!*

En una primera época de su obra, Vicente Aleixandre otorga al amor una dimensión universal; por eso los críticos se han referido a la proyección cósmica de ese sentimiento.

Como dice Carlos Bousoño, quizá su mayor crítico, hay una predominancia de lo elemental, como eje de un sistema de valores, lo que da como resultado una abundancia de imágenes telúricas que resultan ideales para ubicar al hombre natural.

Pero tanto esa Naturaleza como su habitante son productos de la creación intelectual de Vicente Aleixandre, y eso sucede como una especie de rechazo del mundo, como se ve claramente en una carta que le dirige a Dámaso Alonso refiriéndose a su libro *Sombra del paraíso.* Dice así:

«Estos poemas son visiones de aquel paraíso a que yo llamo juventud, pero que trasciende de una juventud personal para ser como la juventud del mundo. Y por eso yo siento que ese cántico mío no celebra lo que me rodea, sino el mundo para el que nací y en que no me hallo.»

En este mundo de amor el amante será el amador, participio activo de una dinámica de vida, y la pareja humana se transforma en eje y centro del Universo, como se afirma en el poema «Se querían»:

*Se querían.*
*Sufrían por la luz, labios azules en la madrugada,*
*labios saliendo de la noche dura,*
*labios partidos, sangre, ¿sangre dónde?*
*Se querían en un lecho navío, mitad noche mitad luz.*

*Se querían como las flores a las espinas hondas,*
*a esa amorosa gema del amarillo nuevo,*
*cuando los rostros giran melancólicamente,*
*giralunas que brillan recibiendo aquel beso.*

*Se querían de noche, cuando los perros hondos*
*laten bajo la tierra y los valles se estiran*
*como lomos arcaicos que se sienten repasados:*
*caricia, seda, mano, luna que llega y toca.*

*Se querían de amor entre la madrugada*
*entre las duras piedras cerradas de la noche,*
*duras como los cuerpos helados por las horas,*
*duras como los besos de diente a diente sólo.*

*Se querían de día, playa que va creciendo,*
*ondas que por los pies acarician los muslos,*
*cuerpos que se levantan de la tierra y flotando...*
*Se querían de día, sobre el mar, bajo el cielo.*

*Mediodía perfecto, se querían tan íntimos,*
*mar altísimo y joven, intimidad extensa,*
*soledad de lo vivo, horizontes remotos*
*ligados como cuerpos en soledad cantando.*

*Amando. Se querían como la luna lúcida,*
*como ese mar redondo que se aplica a ese rostro,*
*dulce eclipse de agua, mejilla oscurecida,*
*donde los peces rojos van y vienen sin música.*

*Día, noche, ponientes, madrugadas, espacios,*
*ondas nuevas, antiguas, fugitivas, perpetuas,*
*mar o tierra, navío, lecho, pluma, cristal,*
*metal, música, labio, silencio, vegetal,*
*mundo, quietud, su forma. Se querían, sabedlo.*

Dice Bousoño que el Amante es un héroe humano, que llamaríamos hegemónico; es el amante apasionado, pura emanación cósmica y parecido por eso al río o a la montaña.

En el poema que se acaba de escuchar, el verso final «Se querían, sabedlo», suena como un desafío al mundo circundante, sin amor, pues el hombre, al amar, recobra su ser esencial, se elementaliza y participa del universal acto erótico.

Ha dicho Vicente Aleixandre que «símbolo feroz y dulce de la muerte es el amor, por medio del cual puede sentirse la revelación, la luz cegadora, visita de lo absoluto». Pues el amor es también destrucción, pues el Amor es la fuerza que consiste en relacionar al amante con lo absoluto telúrico; porque el amor es un acto donde los amantes pierden sus límites para lograr la fusión total y pasar a integrar, aunque sea por un instante, la fuerza avasalladora del Universo. Es en ese sentido que amor puede ser destrucción. La O del título no es opositora, sino que une los dos conceptos.

Esos conceptos de Amor y Muerte están unidos desde el origen de toda la poesía occidental con la creación del mito de Tristán e Isolda.

El poeta ubica a sus amantes a través de diferentes instantes, que son distintas y sucesivas instancias de la Naturaleza universal.

Pero el Amor por la Naturaleza no tiene en Aleixandre un carácter hedonista; más bien se podría hablar de un panteísmo, pero con una profunda nota ética.

El Amor es una forma de unión, de acto solidario con el mundo que se da a través de sucesivas etapas. Primero se da la unión con la amada, luego con la creación entera, el cosmos, para arribar más tarde a la unión con la humanidad, a través del hombre en su individualidad.

Existe en el poeta una amorosa mirada por todo el Universo, desde los más amplios espacios cósmicos hasta el diminuto y humilde escarabajo. Ha sido Dámaso Alonso quien ha hablado de una especie de misticismo del Amor en Vicente Aleixandre, y esa actitud de amorosa mirada recuerda la de Santa Teresa.

Pero el poeta como creador es capaz de fundar el mundo a través de la palabra, y entonces es cuando nos da su versión del Paraíso, donde el amor es una dimensión más de ese Paraíso, como mito y como refugio ante la circunstancia que lo rodea.

El Paraíso es la creación de un mundo de amor que surge de una visión pesimista y no de la alegría. Por eso doblemente heroica y doblemente hermosa esta sombra, ya que no luz, del Paraíso. Este se percibe, y a nosotros sólo llega esa sombra y no su total luz.

Si bien se puede tomar como una evasión, ya que su publicación es de 1944, año de plena posguerra civil, esa evasión es una respuesta a su mundo y a su circunstancia.

Existe una nostalgia del amor como nostalgia de lo perfecto, de lo que podría o debería ser el mundo. Así lo muestra su «Ciudad del Paraíso».

*Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días*
*marinos.*
*Colgada del imponente monte, apenas detenida*
*en tu vertical caída a las ondas azules,*
*pareces reinar bajo el cielo, sobre las aguas,*
*intermedia en los aires, como si una mano dichosa*
*te hubiera retenido, un momento de gloria, antes de*
*hundirte para siempre en las olas amantes.*

*Pero tú duras, nunca desciendes, y el mar suspira*
*o brama, por ti, ciudad de mis días alegres,*
*ciudad madre y blanquísima donde viví, y recuerdo,*
*angélica ciudad que, más alta que el mar, presides*
*sus espumas.*
*Calles apenas, leves, musicales. Jardines*
*donde flores tropicales elevan sus juveniles palmas*
*gruesas.*

*Palmas de luz que sobre las cabezas, aladas,*
*mecen el brillo de la brisa y suspenden*
*por un instante labios celestiales que cruzan*
*con destino a las islas remotísimas, mágicas,*
*que allá en el azul índigo, libertadas, navegan.*

*Allí también viví, allí, ciudad graciosa, ciudad honda,*
*Allí, donde los jóvenes resbalan sobre la piedra*
*amable,*
*y donde las rutilantes paredes besan siempre*
*a quienes siempre cruzan, hervidores, en brillos.*

*Allí fui conducido por una mano materna.*
*Acaso de una reja florida una guitarra triste*
*cantaba la súbita canción suspendida en el tiempo;*
*quieta la noche, más quieto el amante,*
*bajo la luna eterna que instantánea transcurre.*

*Un soplo de eternidad pudo destruirte,*
*ciudad prodigiosa, momento que en la mente de un*
*Dios emergiste.*
*Los hombres por un sueño vivieron, no vivieron,*
*eternamente fúlgidos como un soplo divino.*
*Jardines, flores. Mar alentando como un brazo que*
*anhela*
*a la ciudad voladora entre monte y abismo,*
*blanca en los aires, con calidad de pájaro suspenso*
*que nunca arriba. ¡Oh ciudad no en la tierra!*

*Por aquella mano materna fui llevado ligero*
*por tus calles ingrávidas. Pie desnudo en el día.*
*Pie desnudo en la noche. Luna grande. Sol puro.*
*Allí el cielo eras tú, ciudad que en él morabas.*
*Ciudad que en él volabas con tus alas abiertas.*

Esa ciudad del Paraíso es y no es Málaga. Es algo más que un lugar geográfico localizado. Bien puede entenderse como la ciudad ideal, la del perfecto amor, que nostálgicamente el poeta ubica en su infancia. Allí no existe la precaria dimensión temporal del hombre, está más allá de lo humano. Por eso dice: «pero tú duras, nunca desciendes». Ese otro plano definitivamente superior en que la instala es el que le otorga una dimensión metafísica a la ciudad. Dimensión donde también cabe un clima de magia y una atmósfera de fantasía, mediante esas islas que navegan en plena libertad. Es un lugar cuyo origen no es humano, pues emerge de un Dios; vuela, se integra y confunde con el cielo para pertenecer, en forma definitiva, a una realidad más amplia y más alta que la sensible.

El Paraíso ideal es el de la Creación primitiva, el de la aurora virginal del mundo, donde prácticamente no existe el hombre real;

de ahí que quienes lo habiten sean esos míticos seres angélicos que él llama Criaturas de la Aurora y donde la virginidad de la creación se da en el éxtasis de la Naturaleza.

Pero el poeta cree permanentemente en el hombre y hay seres que sí pueden poblar su creado o evocado Paraíso, y son los seres elementales, puros, verdaderos, que él llama *Hijos de los campos:*

*Vosotros los que consumís vuestras horas*
*en el trabajo gozoso y amor tranquilo pedís al mundo,*
*día a día gastáis vuestras fuerzas, y la noche benévola*
*os vela nutricia, y en el alba otra vez brotáis enteros.*

*Verdes fértiles. Hijos vuestros, menudas sombras*
*humanas: cadenas*
*que desde vuestra limitada existencia arrojáis*
*—acaso puros y desnudos en el borde de un*
*monte invisible— al mañana.*
*¡Oh ignorantes, sabios del vivir, que como hijos*
*del sol pobláis el día!*

*Musculares, vegetales, pesados como el roble, tenaces*
*como el arado que vuestra mano conduce,*
*arañáis a la tierra, no cruel, amorosa, que allí en*
*su delicada piel os sustenta.*
*Y en vuestra frente tenéis la huella intensa y cruda*
*del beso diario*
*del sol, que día a día os madura, hasta haceros oscuros*
*y dulces*
*como la tierra misma, en la que, ya colmados, una*
*noche, uniforme vuestro cuerpo tendéis.*

*Yo os veo como la verdad más profunda,*
*modestos y únicos habitantes del mundo,*
*última expresión de la noble corteza,*
*por la que todavía la tierra puede hablar con palabras.*

*Contra el monte que un lujo primaveral hoy lanza,*
*cubriéndose de temporal alegría,*
*destaca el ocre áspero de vuestro cuerpo cierto,*
*oh permanentes ojos de la tierra crasa,*
*donde lentos os movéis, seguros como la roca misma*
*de la gleba.*

*Dejad que, también, un hijo de la espuma que bate*
*el tranquilo espesor del mundo firme,*
*pase por vuestro lado, ligero como ese río*
*que nace de la nieve instantánea y va a morir al mar,*
*al mar perpetuo, padre de vida, muerte sola*
*que esta espumeante voz sin figura cierta espera.*

*¡Oh destino sagrado! Acaso todavía*
*el río atraviese ciudades solas,*
*o ciudades pobladas. Aldeas laboriosas,*
*o vacíos fantasmas de habitaciones muertas:*
*tierra, tierra por siempre.*

*Pero vosotros sois, continuos,*
*esa certeza única de unos ojos fugaces.*

y que constituye un verdadero anticipo de su piadosa visión del hombre en su dramática dimensión real y social.

Lo humano se da identificado con la Naturaleza o proyectado por ella. Así se percibe a esos «hijos de los campos» o a otro elemento humano que aparece como

*un muchacho desnudo cubierto de vegetal alegría*

Dice Leopoldo de Luis que *Sombra del Paraíso* es un libro triste, pues es la elegía de una frustración: lo que el hombre no llega a ser en un mundo hermosísimo. Es la voz de un solitario, un exiliado en su propia tierra. Cuando casi todos sus compañeros de generación se habían exiliado o estaban muertos, como Federico García Lorca, él recreaba un mundo ideal, un cómo debería ser el mundo.

Vicente Aleixandre forma la contrapartida de la España peregrina, aquella en la que continuaron trabajando duramente y que el crítico ha llamado la España silenciosa.

El humanismo que se vislumbra en el final de *Sombra del Paraíso* se plasmará nítidamente en su obra posterior.

Dámaso Alonso sostiene que el libro mencionado es un libro de aspiración y de nostalgia, no de realidad. Un libro, diría yo, de ilusión, como la ilusión de todos los seres que aspiran a otra realidad más noble, como el Quijote, o aún también la ilusión de un Sancho o una Teresa Panza.

Pero si el amor es una proyección del Paraíso, también es una forma simulada de la plenitud. Al comprobar esto no hay en el poeta desesperación, sino serenidad. Pues si el amor es efímero o insuficiente, de todas maneras sólo este sentimiento redime al hombre de la miseria y sequedad de este mundo.

Por eso la fusión de nuestro ser con la tierra, si bien entronca con la idea de la desintegración del ser por el amor, como proclamaba en *La destrucción o el amor,* constituye la única posibilidad de la total realización del ser, pues todo lo demás son insuficientes,

aunque estimulantes y vivificantes simulacros. Así lo dice en «No basta»:

*Pero no basta, no, no basta*
*la luz del sol, ni su cálido aliento.*
*No basta el misterio oscuro de una mirada.*
*Apenas bastó un día el rumoroso fuego de los bosques.*
*Supe del mar. Pero tampoco basta.*

*En medio de la vida, al filo de las mismas estrellas,*
*mordientes, siempre dulces en sus bordes inquietos,*
*sentí iluminarse mi frente.*
*No era tristeza, no. Triste es el mundo;*
*pero la inmensa alegría invasora del universo*
*reinó también en los pálidos días.*

*El cielo alto quedó como vacío.*
*Mi grito resonó en la oquedad sin bóveda*
*y se perdió, como mi pensamiento, que voló deshahaciéndose,*
*como un llanto hacia arriba, al vacío desolador, al hueco.*

*Sobre la tierra mi bulto cayó. Los cielos eran*
*sólo conciencia mía, soledad absoluta.*
*Un vacío de Dios sentí sobre mi carne,*
*y sin mirar arriba, nunca, nunca, hundí mi frente en la arena*
*y besé sólo a la tierra, a la oscura, sola,*
*desesperada tierra que me acogía.*

*Todavía quisiera, madre,*
*con mi cabeza apoyada en tu regazo,*
*volver mi frente hacia el cielo*
*y mirar hacia arriba, hacia la luz, hacia la luz pura,*
*y sintiendo tu calor, echado dulcemente sobre tu falta,*
*contemplar el azul, la esperanza risueña,*
*la promesa de Dios, la presentida frente amorosa.*

*¡Qué bien desde ti, sobre tu caliente carne robusta,*
*mirar las ondas puras de la divinidad bienhechora!*
*¡Ver la luz amanecer por Oriente, y entre la aborrascada nube preñada*
*contemplar un instante la purísima frente divina destellar,*
*y esos inmensos ojos bienhechores*
*donde el mundo alzado quiere entero copiarse*
*y mecerse en un vaivén de mar, de estelar mar entero,*
*compendiador de estrellas, de luces, de soles,*
*mientras suena la música universal, hecha ya frente pura,*
*grandioso amor, luz bella, felicidad sin bordes!*

*Así, madre querida,*
*tú puedes saber bien —lo sabes, siento tu beso secreto*
*de sabiduría—*
*que el mar no baste, que no basten los bosques,*
*que una mirada oscura llena de humano misterio,*
*no baste; que no baste, madre, el amor,*
*como no baste el mundo.*

*Madre, madre, sobre tu seno hermoso*
*echado tiernamente, déjame así decirte*
*mi secreto; mira mi lágrima*
*besarte; madre que todavía me sustentas,*
*madre cuya profunda sabiduría me sostiene ofrecido.*

El poeta ve el amor posible en esa integración con la tierra mítica, con *Gea,* pero también nos dice de su insaciable sed de absoluto, de pureza, y siente que nada puede mitigar esa sed, ni aun los efímeros destellos del amor ni el nostálgico, luminoso paraíso.

Esa madre invocada en el poema puede señalar a la vez un anhelo permanente de regreso a la tierra, madre mítica, pero también puede, a través de esa asordinada queja, una muestra del desvalimiento y permanente orfandad del hombre en tanto permanezca encerrado en los límites de su egoísta individualidad. El hombre alcanzará su reconocimiento, dice Vicente Aleixandre en el «nosotros», y para el nosotros es previo esa pareja humana que se transforma en intemporal y eterna. Dice:

*sobre un fondo purísimo de silencio absoluto*
*la pareja en la noche*
*aquí está o aquí estaba o estará o aquí estuvo*

La obra poética de un autor genuino se va ampliando y modificando y forman las sucesivas etapas un todo orgánico, con sus inevitables cambios, ya que esto no significa en modo alguno la simplicidad de la línea recta, ya que el artista, como el hombre que es, ha de registrar los vaivenes de la historia en que vive y los de su propia historia.

Es bajo este aspecto que vemos evolucionar y proyectarse la idea vertebral que sustenta la obra de Aleixandre: el amor.

En aquella primera época que llamamos del amor cósmico, el poeta veía al hombre, es decir, al amante como parte integrante de la naturaleza amorosa. Por eso los únicos seres cercanos a la perfección, sostiene Bousoño, eran los seres elementales, como aquellos «hijos de los campos» o como los amantes.

Pero desde el libro *Historia del corazón* el poeta se entrega a contar la historia sencilla y mínima del hombre en su real dimensión, ya no la cósmica ni la paradisíaca, sino la cotidiana, donde el amor sufre la dualidad dramática de su posibilidad e imposibilidad en el plano puramente humano, como vemos en «Mano entregada»:

*Pero otro día toco tu mano. Mano tibia.*
*Tu delicada mano silente. A veces cierro*
*mis ojos y toco leve tu mano, leve toque*
*que comprueba su forma, que tienta*
*su estructura, sintiendo bajo la piel alada el duro*
*hueso*
*insobornable, el triste hueso adonde no llega nunca*
*el amor. Oh carne dulce, que sí se empaña del amor*
*hermoso.*

*Es por la piel secreta, secretamente abierta, invisi-*
*blemente entreabierta,*
*por donde el calor tibio propaga su voz, su afán dulce,*
*por donde mi voz penetra hasta tus venas tibias,*
*para rodar por ellas en tu escondida sangre,*
*como otra sangre que sonara oscura, que dulcemente*
*oscura te besara*
*por dentro, recorriendo despacio como sonido puro*
*ese cuerpo, que ahora resuena mío, mío poblado de*
*mis voces profundas,*
*oh resonado cuerpo de mi amor, oh poseído cuerpo,*
*oh cuerpo sólo sonido de mi voz poseyéndole.*

*Por eso, cuando acaricio tu mano, sé que sólo el*
*hueso rehúsa*
*mi amor —el nunca incandescente hueso del hombre—.*
*Y que una zona triste de tu ser se rehúsa,*
*mientras tu carne entera llega un instante lúcido*
*en que total flamea, por virtud de ese lento contacto*
*de tu mano,*
*de tu porosa mano suavísima que gime,*
*tu delicada mano silente, por donde entro*
*despacio, despacísimo, secretamente en tu vida,*
*hasta tus venas hondas totales donde bogo,*
*donde te pueblo y canto completo entre tu carne.*

La morosidad, la lentitud del ritmo del poema, son expresivas de la dificultad del definitivo y posible encuentro humano, aunque cuando éste parece producirse el poeta prorrumpirá en alborozado canto.

Frente a esa dificultad, Vicente Aleixandre muestra la otra, quizá única posibilidad del amor, y es su dimensión universal, donde el hombre, para reconocerse y encontrarse, habrá de fusionarse con su especie, con la entera Humanidad en actitud de abierta solidaridad

social. Esa unión puede tener un símbolo: «la amada», símbolo de la «compañía» del humano apoyo frente al desamparo, la desazón y el esfuerzo heroico del cotidiano vivir, dirá Bousoño. Esa «amada» se proyecta, ampliándose hasta abarcar la Humanidad toda, como vemos en el poema «En la plaza», de *Presencias*, donde el amor alcanza una dimensión casi evangélica:

*Hermoso es, hermosamente humilde y confiante,*
*vivificador y profundo,*
*sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido,*
*llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado.*

*No es bueno*
*quedarse en la orilla*
*como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente imitar a la roca.*
*Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha*
*de fluir y perderse,*
*encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los hombres palpita extendido.*

*Como ése que vive ahí, ignoro en qué piso,*
*y le he visto bajar por unas escaleras*
*y adentrarse valientemente entre la multitud y perderse.*

*La gran masa pasaba. Pero era reconocible el diminuto corazón afluido.*
*Allí ¿quién lo reconocería? Allí con esperanza, con resolución o con fe, con temeroso denuedo,*
*con silenciosa humildad, allí él también*
*transcurría.*

*Era una gran plaza abierta y había olor de existencia.*
*Un olor a gran sol descubierto, a viento rizándolo,*
*un gran viento que sobre las cabezas pasaba su mano,*
*su gran mano que rozaba las frentes unidas y las reconfortaba.*

*Y era el serpear que se movía*
*como un único ser, no sé si desvalido, no sé si poderoso,*
*pero existente y perceptible, pero cubridor de la tierra.*

*Allí cada uno puede mirarse y puede alegrarse y puede reconocerse.*
*Cuando, en la tarde caldeada, solo en tu gabinete,*
*con los ojos extraños y la interrogación en la boca,*
*quisieras algo preguntar a tu imagen,*

*no te busques en el espejo,*
*en un extinto diálogo en que no te oyes.*
*Baja, baja despacio y búscate entre los otros.*
*Allí están todos, y tú entre ellos.*
*Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.*

*Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con*
*mucho amor y recelo al agua,*
*introduce primero sus pies en la espuma,*
*y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se*
*decide.*
*Y ahora con el agua en la cintura todavía no se confía.*
*Pero él extiende sus brazos, abre al fin sus dos brazos*
*y se entrega completo.*
*Y allí fuerte se reconoce, y crece y se lanza,*
*y avanza y levanta espumas, y salta y confía,*
*y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es joven.*

*Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor,*
*en la plaza.*
*Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.*
*¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere*
*latir*
*para ser él también el unánime corazón que le*
*alcanza!*

La aceptación de lo transitorio del hombre no cae en la inacción ni provoca la desesperación, sino que lanza un llamado para lograr con esfuerzo una nueva perspectiva moral sobre la realidad social y humana.

En esa amada mítica, en el amor al hombre universal, Aleixandre ha de encontrar una nueva posición decididamente ética en su poesía. Esta nota moral que introduce en su obra, sin llegar a ser nunca una poesía decididamente religiosa, está dada por la piedad.

La visión del hombre por el poeta es triste, pero ahora llena de una honda piedad, como lo demuestra un poema dedicado a un hombre cualquiera, un albañil caído desde un andamio y muerto por el accidente. Pero a ese hombre lo ha bautizado, lo individualizó, le ha dado un nombre: se llama *Fco. López* y ha ingresado a la inmortalidad del arte.

*Este albañil subiera a algunas obras:*
*trepó ligero casi con sus alas,*
*alas de cal volando pobremente.*
*Un aire en polvo caé, y es un silencio.*
*Francisco López, en la noche en sombra,*
*duerme o descansa. Urgida el alba llega.*
*El se levanta opaco en zona oscura.*

*y cuando el sol despierta él está arriba.*
*Arriba en el tablón que vuela incierto,*
*o un pie a disgusto que se posa en blanco.*
*Mientras los brazos altos ahora enlucen*
*esa pared o límite a una vida.*

*Agua sin sueño, en cubo, pesa. El filo...*
*El pie es su yerro. El cuerpo, brusco, abátese,*
*¿Las alas? Ah, las alas. No se abrieron.*
*El cuerpo en tierra, en rojo y blanco, queda.*

Pienso que la nota más honda de piedad es aquella que siente el poeta hacia los seres anónimos, los grises sin historia, los que pasaron nada más por la vida, por o, igualmente fueron hombres y por eso mismo dignos, como se afirma en «Sin nombre»:

*La historia a veces calla*
*los nombres. El que prendió aquel fuego.*
*La niña que se murió*
*en la ciudad desierta.*
*Aquel viejo gastado,*
*afligido, que lo dio todo,*
*pero acabó como un pábilo oscuro.*
*—Ni el humo viose entonces—.*
*El de la pana triste. O aquella gallarda muchacha,*
*con la flor en el pelo, negro los ojos, la canción*
*abriéndose;*
*natural de aquel pueblo:*
*andaluza. Fue en Palma,*
*Palma del Río o Alhaurín, o fue en Arcos.*

*No, no quedan los nombres.*
*Unos tienen leyenda. Otros son sólo el viento,*
*y en él el polvo mismo que se incorpora un día*
*en nuevos cuerpos bellos, o en el mar va a perderse.*

*Estos los solitarios, aquéllos los unidos en una voz*
*o un cántico.*
*Los que mueren mirando*
*por vez primera el orbe,*
*apenas una boca: la de la madre, o un pecho:*
*el seno que ellos toman para vivir, y mueren.*
*Y el que muere ancianísimo,*
*que es apenas, también, recién llegado e ido.*
*La vieja de haldas fuertes.*
*La de la espuma en ropas,*
*volante; el aire es ella, y también cual el aire.*
*El recio trabajando*
*con su mano de tierra, un instante hecha humana,*
*para pronto sembrarse.*

*El anónimo puro*
*que al morir se diría*
*que se reintegra al seno*
*de los demás, que siguen.*

*Seguir. Mas todos siguen. Continuidad sin meta.*
*Ella, la fiel muchacha,*
*el niño ido, el héroe*
*por vivir, el fiel muerto.*
*La luz, la luz borrando los nombres, más piadosa*
*que la memoria humana.*

*La historia a veces calla*
*los nombres. El que prendió aquel fuego*
*Quien lo apagó. El amante.*
*Quien nunca amó. Aquel viento.*
*En él, siempre invisible, las nubes van volando.*

Ese sentimiento de piedad hace que sienta al hombre, a pesar de sus miserias, ubicado en una posición de noble dignidad, y eso lo vemos en una mirada retrospectiva.

En el hombre existe, para Vicente Aleixandre, una condición esencial que es la base de su dignidad: es el sentimiento de la libertad, de esa libertad interior que le permitió continuar escribiendo durante los duros años de la posguerra civil española.

Ese sentimiento de libertad aludido lo proyecta en la historia de una ciudad: la mítica «Numancia», que heroicamente resistió a los romanos.

*A una ciudad resistente.*
*Ruinas de Numancia.*

I

*En esa ciudad muerta hay polvo vivo.*
*A nivel de la tierra pasa el frío.*

II

*¡Oh, ciudad sumergida en el silencio!*
*Todas las casas llegan a los cielos.*

III

*Entre columnas que no existen yacen*
*idos y puros todos los amantes.*

IV

*Son los guerreros un fragor de espadas.*
*Música eterna en una noche blanca.*

V

*¿Duermes, doncella? Oh, no, nada se pierde.*
*Pensada sólo, tu pupila es verde.*

VI

*Oh, majestad de ese clamor completo.*
*Fiera ciudad sobre un perpetuo cerro.*

VII

*La piedra monda. Apenas una losa.*
*Numancia pronunciada, erguida, sólida.*

Pero también la ve en un hombre y en un hombre de letras: en ese maravilloso Lope de Vega, emblema de libertad tanto en su vida como en su obra; Lope libre, que es Lope vital, Lope feliz, conciencia erguida de la libertad («Lope en su casa»).

III

*Aquí el hogar, el hierro. Las trébedes. Ahí suena*
*la tabla. Los colgados vestidos. La frazada*
*que da aún calor. Miradlos: son los juguetes niños,*
*la manecita en bronce. Está el velón. Más lunas...*
*La libertad fue amor y redundó en prisiones.*
*Preso es o libre un hombre según su ánima dígale.*
*En sus cadenas suelto forjó el destino haciéndose*
*quien entre muros siempre vivió, venció: entregóse.*
*Libertad más que amor fue Lope, y así brilla*
*perpetuamente libre: más libre hoy hace al hombre.*

Por eso podemos pensar que en la poesía de Vicente Aleixandre se respira un aire de fe, de profunda fe en el hombre, en el sobrevivir del hombre, más allá del afanoso esfuerzo de su quehacer diario.

Esa fe está dada por un canto elegíaco, pero no dramático, hacia la juventud. La juventud es la vida, como dice en los *Poemas de la consumación,* escritos al filo de sus setenta años.

Dice en «No lo conoce», de *Poemas de la consumación:*

*La juventud no lo conoce, por eso dura, y*
*sigue*
*¿Adónde vais? Y sopla el viento, em-*
*puja*
*a los veloces que casi giran y van, van con el*
*viento,*
*ligeros en el mar: pie sobre espuma.*

*Vida. Vida es ser joven y no más. Escucha,*
*escucha... Pero el callado son*
*no se denuncia*
*sino sobre los labios de los jóvenes.*
*En el beso lo oyen. Sólo ellos,*
*en su delgado oír,*
*pueden, o escuchan.*
*Roja pulpa besada que pronuncian.*

La juventud es la vida, pero la vida es el hombre, que aun después de muerto permanece, porque su paso lo grabó el poeta, y desde la oscura tierra ha de producirse como una especie de nuevo nacimiento.

Es el hombre al que canta en esencia, más allá de sus circunstancias, pero, con sus circunstancias, más allá de su miseria y su precariedad; pero también con su precariedad y su miseria, con su dimensión finita, pero a la vez infinita por su propia inamovible condición y dignidad humanas.

*JORGE ARBELECHE*

Germán Barbato 1363. Apto. 406
MONTEVIDEO
(Uruguay)